

# Vengan y vean . . . y escuchen . . . y canten

¿Qué desean los jóvenes católicos de la liturgia? ¿Cómo podemos “nosotros” (seamos quienes seamos) acercarnos a “ellos” (sean quienes sean)? ¿Cómo pueden “ellos” acercarse a “nosotros” para responder a nuestras preguntas o para proclamar la fe que está dentro de ellos? ¿Cómo podemos colaborar para ser un pueblo fiel?

El primer error que se comete al hacer preguntas como ésta es dar por hecho que todos “los jóvenes católicos” tienen los mismos gustos, la misma comprensión de la liturgia y de la Iglesia y aún tienen los mismos gustos en la música. Los jóvenes católicos no son un monolito; son tan diversos como aquellos de cualquier otro grupo de edad. Y lo que les atraerá a la vida litúrgica de la Iglesia y mantenerlos interesados mientras ellos profundizan su comprensión y su participación es tan diverso como el canto gregoriano y Matt Maher, el órgano y la batería, el latín y las traducciones al lenguaje local, los ritos sencillos y los elaborados, las capillas rurales y las grandes catedrales.

Lo que sí comparten los jóvenes católicos es lo que todos tenemos en común: la necesidad de tener testigos quienes nos muestran por sus vidas lo que es importante, lo que tiene sentido, y cómo ser sanos. No tenemos que estar de acuerdo con estos testigos todo de golpe; es posible que discutamos con ellos o que a veces optemos por no hacerles caso. Pero esta es la gente quien nos hace pensar en la manera en que vivimos y en lo que significa, quien nos ofrece una manera alternativa para vivir que, finalmente, llega a ser el camino que elegimos seguir. En este sentido, somos todos como aquellos discípulos de Juan el Bautista quienes se acercaron a Jesús en los primeros capítulos del cuarto evangelio. Jesús les preguntó — como nos pregunta a nosotros: “¿A quién buscan?” Cuando tartamudeaban que querían saber dónde Él vivía, les dice: “Ven y lo verás.” Esta es la misma invitación, en pocos párrafos después, que Felipe le ofrece a Natanael, cuando con desdén Natanael hace la pregunta sobre los orígenes de Jesús: “Pero qué cosa buena puede salir de Nazaret?” Y Felipe le contesta: “Ven y lo verás.” (Juan 1:35-46).

La primera cosa que tenemos que hacer como pueblo fiel es dar esa invitación. En particular, ¿qué es lo que les invitamos a nuestros jóvenes a venir y ver? ¿Y a qué nos invitan ellos a ver y a escuchar y a compartir? En realidad, son dos cosas: al Dios revelado en Jesucristo y a nuestra respuesta a aquella revelación. El Dios de Jesús nos ama infinitamente, inconcebiblemente, sin condiciones, y sin condiciones — tanto que llega a ser uno con nosotros y a estar presente con nosotros ahora y por siempre. Nuestra respuesta a esa revelación también debe ser el amor, mientras aprendemos a vivir en y por el Dios quien habita en nosotros, entre nosotros e infinitamente más allá de nosotros. Y tenemos que demostrar esa respuesta primariamente en sencillas maneras cotidianas, en las maneras perdurables en que vivimos en comunión con Dios, por Cristo en el poder del Espíritu; en las maneras en que nos cuidamos, en que cuidamos los unos a los otros y a los extranjeros, especialmente a los pobres, a los desamparados y a los que sufren.

Una de las maneras clave por las cuales invitamos a «venir y ver» es por medio de la liturgia. Esto no significa que la liturgia debe ser un evento “loco de alegría con aplauso”, pero significa que nos debe involucrar completamente (o por lo menos tan completamente como podemos entregarnos a cualquier momento) — participando plenamente, deliberadamente y activamente, cuerpo y mente, ardiendo con fe, esperanza y caridad. Nuestras celebraciones litúrgicas deben invitar a la gente a preguntarse: “¿Quién vive aquí?” Y debemos estar listos para contestar: “Vengan y vean. Vengan y escuchen. Vengan y participen en nuestro canto.”

Ofrecemos esa invitación especialmente a través del canto porque, como nos recuerda *La instrucción general del misal romano* que “el canto es signo de la exultación del corazón . . . De ahí que San Agustín dice con razón: ‘Cantar es propio del que ama,’ mientras que ya de tiempos muy antiguos viene el proverbio: ‘Quien canta bien, ora dos veces’” (IGMR, 39). Cualquiera música que usamos y canciones que cantamos deben expresar nuestro compromiso profundo a la fe que compartimos y a nuestra creencia en la presencia de Dios cuando nos reunimos a rendir culto.

Tenemos un tesoro de música que podemos utilizar para componer la canción de nuestro culto en maneras que nos permitirán expresar nuestra fe, compartirla con los demás y glorificar a Dios. Por supuesto, la primera piedra en que se edifica toda la música para la oración es el canto. Cantar un texto lo eleva del lenguaje ordinario, llama la atención al mensaje del texto y marca las cosas que, de lo contrario, nos podían haber escapado. El canto es una parte de toda sociedad y existe de muchas formas. La Iglesia ha tomado el canto que existía en Israel y en el mundo helénico durante la época de los primeros cristianos y fomentó su desarrollo a través de los signos, mejorándolo y elaborándolo aún mientras manteniendo vivos los básicos cantos sencillos. Cada generación y cada cultura han agregado a estas primeras piedras básicas sus propios talentos musicales. Algunos dones han perdurado, otros han desaparecido cuando ya no servían, y otros se están añadiendo ahora mismo.

Cuando pensamos en dar una invitación a los jóvenes por medio de nuestro ejemplo y cuando intentamos fomentar ese mismo espíritu en ellos para que imiten nuestro ejemplo, debemos recordar que en la casa del Padre hay muchas moradas (Juan 14:2) y que hay muchos caminos a lo largo de los cuales el Espíritu nos guía. Hay un gran tesoro de música que podemos usar para rendir culto. En nuestra diversidad, cada quien tiene su propio gusto, de la misma manera que todos los creyentes tenemos nuestras propias formas de espiritualidad o de oración privada. No se puede satisfacer a todos, ya que la música existe al servicio de la liturgia; no es algo que se añade a la liturgia o algo que se incluye simplemente para entretenimiento. Pero lo que sí podemos hacer es estar conscientes de lo esencial que es el ministerio de la música para poder expresar y proclamar la fe, para que la actitud que tenemos hacia nuestro ministerio sea conforme a esta visión. Lo que intentamos hacer es proclamar la Palabra de Dios y el misterio de la fe en canción. Deberíamos hacer siempre el mejor esfuerzo posible, aprovechando de los recursos de que disponemos, de manera que con nuestro buen ejemplo de testigos, todos escuchen la invitación que cantamos: “Vengan y vean.”